

**CARMEN
ARISTEGUI**

**MARCIAL
MACIEL**

**HISTORIA DE
UN CRIMINAL**



Grijalbo

**CARMEN
ARISTEGUI** | **MARCIAL
MACIEL**
**HISTORIA DE
UN CRIMINAL**
PRÓLOGO DE MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA
FOTOGRAFÍAS DE KIRÉN MIRET

Grijalbo

Para Emilio

PRÓLOGO

MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA

Carmen Aristegui:

la flecha en la diana

El 15 de abril de 2002 puso Carmen Aristegui por primera vez su atención periodística

en el fundador de los Legionarios de Cristo, Marcial Maciel. Hacía por aquel entonces,

junto con Javier Solórzano, un programa semanal en el Canal 2 de Televisa, el “canal

de las estrellas”. La emisión se llamaba “Círculo Rojo”. En la programación simplona

y complaciente de ese consorcio, “Círculo Rojo” era una anomalía por la originalidad

de sus temas, la amplitud de su cobertura, el ánimo crítico que lo movía.

Por eso no duró mucho al aire. Apenas un año, no obstante que su recepción y

aceptación por la audiencia —el *rating* que en ese medio todo lo domina— mostraba

que había creciente público que reclamaba ese tipo de mesas de análisis, al que los dos

periodistas convocaban a los protagonistas de los sucesos relevantes o a los expertos

capaces de explicarlos, sin que los anfitriones se limitaran a simplemente abrir los

micrófonos. Eran dueños de su propio criterio, expresaban su propia opinión.

Cuando concluyó "Círculo Rojo" flotó en el aire la impresión de que su

abordamiento del "caso Maciel" había contado entre los factores que determinaron su

supresión. Estaba asimismo presente el deterioro de la relación de Carmen y Javier

con sus socios en Imagen, asociación que se rompió de mala manera y en perjuicio de

los dos profesionales.

Cuando reemprendieron su tarea periodística, transitando cada quien su propia

senda, en W Radio (y Carmen, después de una agresiva censura en MVS), el "caso

Maciel" ocupó la atención de la mayor periodista de la radio y la televisión en el

tiempo presente. Así ocurrió también en la pantalla del Canal Once mientras fue una

de las participantes en "Primer Plano", y en el programa de entre vistas que lleva su

nombre y se transmite cotidianamente por CNN en Español.

El "caso Maciel" se había hecho público en 1997 cuando lo descubrieron los

periodistas Jason Berry —entrevistado en este libro— y Gerald Renner, que dieron su

hallazgo al periódico *The Hartford Courant*, en la costa atlántica de los Estados

Unidos. Su material fue retomado en México semanas después por el reportero

Salvador Guerrero Chiprés, en *La Jornada*, y más tarde por
Ciro Gómez Leyva, el del

Canal 40, una emisora de presencia módica, casi discreta. La
reacción áspera en contra

de la difusión del caso hizo que desapareciera de la escena
pública hasta que Carmen

Aristegui lo retomó, nada menos que a través del canal más
visto de la televisión

mexicana.

¿Qué es “el caso Maciel”? Se trata de la doble vida del crea-
dor de la Legión de Cristo,

que fue declarado modelo para la juventud por el papa Juan
Pablo II y contra el cual

había, en sentido contrario de ese talante presuntamente
ejemplar, información precisa

sobre el que durante largo tiempo pareció ser su único de-
fecto, único pero no menor,

el de la pederastía practicada en seminaristas reclutados pa-
ra engrosar la Legión de

Cristo, y de los que abusaba el propio fundador. Ya en los
años cincuenta la noticia

acerca del comportamiento perverso de Maciel había provo-
cado una indagación sobre

su conducta, emprendida por el Vaticano. De ella, sin embargo, quedó exonerado, no

porque se le encontrara inocente de los cargos que se le imputaron, sino porque ya

surtían efecto sus relaciones con la curia vaticana, alimentadas por la largueza con la

que se conducía frente a ellos el ambiguo sacerdote, que procuraba proyectar una

imagen de santa severidad y que era un dictador que imponía sus perversiones a

quienes estaban obligados a callar y a los que hacía incurrir en pecados de los que el

mismo pederasta los absolvía, y contra los cuales predicaba en sus homilías.

“¡De modo directo, o por derivación, leyendo las páginas de este libro se asiste a la mayor crisis de la Iglesia católica en el

mundo contemporáneo, la de la pederastía clerical,

estrechamente vinculada a la visión, entre ingenua y

perversa, de la jerarquía eclesiástica, sobre el sexo y las

mujeres.”

Después de que la publicación inicial del doble rostro de Maciel puso en entredicho,

más allá de las fronteras eclesiásticas, la moral del fundador de la Legión, ocho

valientes víctimas cuyas decidieron salir del timorato res-
guardo en que se habían

alojado e iniciaron una lucha por la justicia que encontró oí-
dos sordos en las

autoridades de la Iglesia en México y en Roma. Varios de
ellos —José Barba, Saúl

Barrales, Arturo Jurado, José Antonio Pérez Olvera y Juan
José Vaca— figuran con su

testimonio en este libro. También aparece en sus páginas
Miguel Díaz, que tras su

participación inicial en ese grupo, fue instado por Maciel a
desmentirse y lo hizo no

sin una grave agitación de su conciencia.

Igual suerte, la de la desatención y aun rechazo institucional,
correría otra denuncia,

la formulada cerca de la muerte de Maciel por un legionario
de tan larga y alta

trayectoria que llegó a ser rector de la Universidad Anáhuac,
el proyecto superior del

sistema educativo de los Legionarios, llevada adelante por
un sacerdote al que las

acciones y omisiones de sus superiores en este campo pro-
vocaron tal crisis que

abandonó el ministerio. Se trata de Alberto Athié, compro-
metido con el fallecido José

Manuel Fernández Amenábar a buscar justicia, y que ha hecho de este caso uno de los

móviles de su existencia.

Tildados de escandalosos, y sometidos a escarnio público que aumentaba el pesar

que el abuso cometido en su contra les había generado, los denunciantes, y la

conjugación de circunstancias generales de la Iglesia católica, consiguieron que se

abriera paso la verdad. Maciel no fue nunca punido con la severidad que reclamaban

sus inmorales conductas —la pederastía fue sólo una de ellas—, pero perdió la imagen

de santidad que lo aureolaba. Desde Roma misma, donde se le brindó apoyo e

impunidad durante décadas, brotaron uno tras otro documentos que disminuyeron su

poder y, finalmente, debieron admitir y condenar la doble vida de Maciel. Se pusieron

al descubierto las nunca totalmente ocultas evidencias de que hizo vida conyugal con

varias mujeres y que procreó familias. Carmen Aristegui, siempre con punzantes

flechas en su carcaj, lanzó una que dio en la diana: la denuncia de que, en el colmo de

los excesos, Maciel violó a sus propios hijos. La entrevista con la familia engañada

durante largo tiempo por ese padre ausente y abusador figura también en este libro, de

igual modo que la búsqueda por la periodista con Jeff Anderson, el abogado que

representa a los ofendidos en las cortes norteamericanas.

Fiel a su principio de ofrecer la voz a las partes en un asunto polémico, Carmen

Aristegui incluyó el testimonio recogido clandestinamente de Luis Garza Medina,

director de la Legión, quien junto con Álvaro Corcuera habría heredado el poder de

Maciel de no haberse desenmascarado su doble personalidad. Garza Medina, quien

ahora debe colaborar con el interventor del Vaticano, monseñor De Paolis, en la

refundación de los Legionarios (no en su refundición como algunos quisieran, en el

sentido popular de refundir, de echar al fondo del desván los trebejos inservibles), es

miembro de la familia prócer del capital regiomontano. Su reclutamiento y ascenso

mostró el oportunismo del fundador, vinculado estrechamente al dinero de Monterrey.

Esta conducta queda aclarada también en la conversación de Carmen Aristegui con

Flora Garza Barragán, la claridosa hija de doña Flora Barragán, quien endiosó a Maciel

y le donó casi entera su fortuna —suficiente para alzar el Colegio Cumbres de la

ciudad de México sobre un extenso predio, adquirido asimismo con su dinero—.

(En un libro que por fuerza recoge el registro de tempestades interiores, me parece

que los lectores apreciarán como sentimientos particularmente desgarradores —aparte,

por supuesto, los de los ex legionarios agraviados— el dolor de Athié y la furia de

Flora Garza, a quien no tocó ni por asomo la seducción que Maciel obró en su madre,

abandonada por el pederasta codicioso una vez que le había exprimido sus caudales.)

Para examinar desde fuera, y desde miradores diversos la vida y la obra de Maciel,

la periodista convocó a expertos en historia y sociología eclesiástica: Bernardo

Barranco y Roberto Blancarte, así como a Fernando González, autor de los estudios

(biográfico y psicoanalítico) más completos y documentados sobre Maciel. Y obtuvo

la visión de una teóloga, Lucila Servitje, quien distingue entre la Iglesia del poder y la

Iglesia de la libertad, y que opta por ésta, alternativa desde la cual condena a Maciel. Y

de paso busca aligerar el peso que la opinión pública adversa ha lanzado sobre su

padre, Lorenzo Servitje, como si hubiera sido patrocinador de los Legionarios por

haber hecho que sus empresas retiraran la publicidad del Canal 40 en 1997, pérdida

que lo puso en el tobogán en el que no ha cesado de deslizarse.

El libro de Carmen Aristegui (completado con fotografías de Kirén Miret, la versátil

productora de su emisión noticiosa matutina) se titula *Marcial Maciel. Historia de un*

criminal. Lo es en efecto. Pero es mucho más que eso. De modo directo, o por

derivación, leyendo sus páginas se asiste a la mayor crisis de la Iglesia católica en el

mundo contemporáneo, la de la pederastía clerical, estrechamente vinculada a la

visión, entre ingenua y perversa, de la jerarquía eclesiástica, sobre el sexo y las

mujeres. Al revelar el retrato del delincuente codicioso queda también al descubierto

la naturaleza de la Legión, esa máquina de hacer dinero, cuyo patrimonio es una suerte

de botín en disputa entre el Vaticano y los todavía no claramente frustrados herederos

de Maciel. Y es igualmente un fresco de la ramplona burguesía mexicana,

caracterizada por una doble moral y movida por un catolicismo pueril, elemental y

convenenciero que la hace creer que donar dinero a clérigos abusivos es como subir

peldaño tras peldaño en la escalera que conduce al cielo.

INTRODUCCIÓN

CARMEN ARISTEGUI

Una verdad que se impuso

El caso Marcial Maciel ha vivido en los últimos meses de 2010 un giro que pudo y

debió ser copernicano, pero no alcanzó a serlo. Cierto es que este año se ha

desmoronado, y para siempre, el último asidero que quedaba para sostener que las

acusaciones en contra del fundador de los Legionarios eran falsas o producto de la

persecución. Pero también es cierto que no le alcanzó la fuerza a Benedicto XVI para

llamar a cuentas a la estructura de poder y encubrimiento —
que ya había reconocido

de forma genérica—, creada dentro y fuera de la Legión.
Marcial Maciel contó con la

ayuda, la complacencia y la complicidad de muchos, lo que
le permitió vivir a

plenitud una existencia de lujos, riqueza, mentira, simulación
y crimen, protegido por

un enorme manto de impunidad del cual ahora nadie se ha-
ce cargo ni se

responsabiliza. Momentos antes de iniciar la impresión de
este libro —por lo tanto no

es comentado por los entrevistados—, se dio a conocer el
contenido de la carta

enviada desde Roma por el representante papal Velasio de
Paolis a los Legionarios de

Cristo y miembros del *Regnum Christi*, con fecha 19 de oc-
tubre de 2010. Los

pormenores —seguramente recibidos con alegría por la cú-
pula legionaria— son un

mensaje tranquilizador para el *statu quo* creado por el fun-
dador. Con esta misiva se

disipó la idea de que el Vaticano inter vendría para provocar
cambios importantes en

los ejes de existencia o funcionamiento de la organización, o
incluso dar pasos para su

desaparición. A tres meses de su nombramiento, De Paolis aclara en este documento

que su figura no es la de interventor ni comisario, ni siquiera visitador. Se trata tan

sólo de un delegado pontificio y, por lo tanto, no nada más reconoce, sino ratifica en

sus puestos a los actuales superiores. Invita a quien tenga algún problema con los

Legionarios a que acuda como primera instancia, precisamente, ante esa cúpula que

acompañó, solapó e hizo posible a Marcial Maciel. Estaba ahí una de las principales

interrogantes abiertas sobre lo que haría el Vaticano —uno de los motivos esenciales

para realizar este libro— con la estructura de control y gobierno creada por Maciel. La

institución vaticana la ha despejado. No desaparecen. No son destituidos. No son ni

siquiera reconvenidos. Los herederos de Maciel y su estructura de gobierno han

quedado ratificados y a salvo de ser llamados a cuentas. Cinco meses atrás, el

Vaticano abrió importantes expectativas al publicar el informe sobre las visitas

apostólicas a los Legionarios. Llamaba, por fin, a las cosas por su nombre. Calificó a

Maciel como un hombre sin escrúpulos, autor de conductas delictivas y carente de un

auténtico sentimiento religioso. Se antojaba, entonces, una intervención para

desmontar ese sistema opresivo y de control, ideado por Maciel, desde el cual se

abusó y victimizó a un número indeterminado de niños, jóvenes y personas a lo largo

de varias décadas. Ahora se sabe: el Vaticano ha preferido sostener la maquinaria y

declarar a Maciel como un criminal solitario. La Santa Sede se decidió por el

“carpetazo”, tal y como lo dijo Alberto Athié ante la prensa, recién conocida la carta

exculpatoria de De Paolis: “El tema de la justicia como responsabilidad institucional se

cierra y no hay responsables en la congregación, lo cual contradice totalmente las

denuncias de abusos, malos manejos de dinero [sobre el particular, en este libro están

las escandalosas revelaciones del vicario Luis Garza Medina] corrupción y

encubrimiento que llevó a la difamación sistemática de todas las víctimas que

denunciaron haber sufrido abusos sexuales”. No se llegó al fondo de la cuestión. Se